

la montaña era tan penetrante que con dificultad podían tener las lanzas en las manos (1). Pero antes que el sol hubiese dorado los picos más altos de la sierra se pusieron ambos campos en movimiento, ocupándose con actividad en los preparativos del combate. El ejército real tenía formada su infantería en dos batallones, uno para atacar de frente y el otro para operar si era posible por el flanco del enemigo. Estos batallones estaban protegidos por caballería formada en las dos alas y en la retaguardia, quedando una reserva de caballería y arcabuceros para acudir adonde el caso lo exigiera. Tomáronse estas disposiciones con tanto acierto que arrancaron elogios del veterano Carbajal, que exclamó: «Seguramente el diablo ó Valdivia está entre ellos,» elogio innegable á este último, pues Carbajal no sabía que en efecto estuviese en el campo (2).

Gasca dejando la dirección de la batalla á sus oficiales se retiró á retaguardia con su séquito de clérigos y licenciados. Estos últimos no tenían como su rebelde colega Cepeda la ambición de romper una lanza en el combate.

Gonzalo Pizarro formó su gente como lo había hecho en las llanuras de Huarina, solo que el mayor número de caballos que en esta ocasión tenía, le puso en disposición de cubrir ambos flancos de su infantería. Pero su mayor confianza la tenía en los arcabuceros. Ordenadas ya las filas, las recorrió á caballo exhortando á su gente á cumplir con su deber como valientes y como verdaderos soldados de la Conquista. Iba Pizarro, como de costumbre, magníficamente armado con una armadura completa de finísimo acero esmaltado de oro y un soberbio casco de lo mismo (3). Montaba un caballo castaño de gran fuerza y viveza, y al verle recorrer á galope la línea blandiendo su lanza y ostentando su gallardía se hubiera creído contemplar en él una personificación bastante buena del genio de la caballería. Para completar sus disposiciones dió á Cepeda el mando de la infantería; pues parece que el licenciado tuvo más parte que Carbajal en la dirección de sus asuntos ó á lo menos en los últimos preparativos militares. Carbajal ó disgustado de la conducta de su jefe, ó por desconfianza, que se dice no trató de ocultar en el éxito de aquellas operaciones, no quiso cargar con la responsabilidad de dirigirlos y prefirió entrar en acción como simple caballero (4). Pero Cepeda, como después se vió, no fue menos pronto en adivinar la próxima ruina.

Luego que recibió las órdenes de Pizarro se adelantó como para elegir el terreno que debían ocupar sus tropas, y al hacerlo desapareció por algunos instantes detras del ángulo saliente de una roca. Pronto apareció de nuevo y se le vió correr á todo

(1) «Y así estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padeciendo muy gran frío, que no podían tener las lanzas en las manos.» Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VI.

(2) «Y así quando vió Francisco de Carvajal el campo real, pareciéndole que los esquadrones venían bien ordenados, dixo Valdivia está en la tierra y rige el campo ó el diablo.» Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo LXXXIX.—Relacion del Lic. Gasca, MS.—Carta de Valdivia, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VI.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) «Iba muy galán i gentil hombre sobre vn poderoso caballo castaño, armado de cota i coracinas ricas con una sobre ropa de raso bien golpeada i un capacete de oro en la cabeça con su barbote de lo mismo.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(4) «Porque el maesse de campo Francisco de Carvajal, como hombre desdeñado de que Gonzalo Pizarro no huviesse querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por vencido) no quiso hacer oficio de maesse.»

galope por la llanura. Sus soldados le contemplaron al principio con asombro no sospechando el motivo que le guiaba, hasta que continuando su carrera en dirección de las líneas enemigas, se hizo su traición manifiesta. Varios salieron en su persecución y entre ellos uno mejor montado que Cepeda, el cual llevaba un caballo de poca fuerza y velocidad, casi inútil para aquella crítica maniobra y abrumado además con el peso de las maletas que su ambicioso ginete le había cargado. Así al llegar al terreno pantanoso que mediaba entre los dos ejércitos retardó considerablemente el paso (5). Los que perseguían á Cepeda fueron rápidamente ganando terreno entre tanto, y el caballero de que arriba he hablado llegó bastante cerca para poder arrojar al fugitivo una lanza que le hirió en el muslo, atravesó el costado del caballo y dió en tierra con ambos. Mal lo hubiera pasado el licenciado en este caso, si unos cuantos caballos del ejército real, viendo lo que pasaba, no hubieran salido á escape á su socorro. Estos hicieron huir á los perseguidores y sacando á Cepeda del pantano le condujeron á presencia de Gasca.

El presidente le recibió con la mayor satisfacción, tanta que según un antiguo cronista no tuvo reparo en manifestarla besándole en la mejilla (6). La anécdota apenas puede conciliarse con el carácter y relaciones de cada uno de estos dos hombres ni con la conducta subsiguiente de Gasca. Este sin embargo reconoció todo el valor de su presa y el efecto que su desercion en ocasión semejante podía producir en el ánimo de los rebeldes. El movimiento de Cepeda, tan inesperado de los de su partido, fue efecto de previa deliberación, pues se dice que había prometido secretamente al prior de Arequipa, que se hallaba en el campo realista, que si no podía reducir á Gonzalo Pizarro á aceptar el perdón ofrecido, abandonaría su causa (7). La ocasión que el astuto consejero eligió para hacerlo fue la más fatal á los intereses de su jefe.

El ejemplo de Cepeda fue contagioso. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, caballero de antiguo linaje, y probablemente de mayor consideración que ningún otro en el ejército de Pizarro, puso espuelas al caballo al mismo tiempo que el licenciado y se pasó al enemigo. Diez ó doce arcabuceros siguieron la misma dirección y lograron ponerse bajo la protección de las avanzadas realistas.

Pizarro quedó estupefacto al ver la desercion, en tan crítica coyuntura, de aquellos en quienes más confiaba. Por un momento permaneció anonadado. El terreno en que estaba parecía hundirse bajo sus pies. En tal situación conoció que cada minuto que pasara antes de comenzar el ataque le sería fatal. No se atrevió á esperar el asalto, como tenía pensado, en la fuerte posición que ocupaba, y dió inmediatamente la orden de avanzar. Hinojosa, notando los movimientos del enemigo, mandó también que se adelantasen sus tropas. Al momento las guerrillas y arcabuceros situados en los flancos se adelantaron con rapidez; la artillería se preparó para abrir el fuego y «todo el ejército, dice en su relación el presidente, se puso en movimiento con paso bien concertado y entera determinación (8).»

(5) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.

(6) «Gasca abrazó i besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(7) «Ca según pareció, Cepeda lo huvo avisado con Fray Antonio de Castro, prior de Santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiesse concierto ninguno, él se pasaría al servicio del emperador á tiempo que le deshiciesse.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(8) «Visto por Gonzalo Pizarro i Carvajal, su maestre de campo que se les iba gente procuraron de caminar en su órden hácia el campo de S. M., i viendo esto los lados i sobre-

Pero antes que se disparase el primer tiro, una columna de arcabuceros, compuesta principalmente de soldados de Centeno, abandonó su puesto y marchó directamente á unirse al enemigo. Un escuadrón de caballería enviado para perseguirlos siguió su ejemplo. El presidente entonces mandó á sus soldados que hiciesen alto, no queriendo derramar sangre sin necesidad, ya que la hueste rebelde se iba deshaciendo por sí misma.

Los partidarios fieles de Pizarro se llenaron de terror pánico al verse así entregados con su jefe en manos del enemigo. Inútil era ya la resistencia. Unos arrojaron las armas y huyeron en dirección del Cuzco; otros se refugiaron en la montaña y algunos, cruzando el espacio que les separaba del ejército real, se rindieron prisioneros, esperando que todavía fuese tiempo para alcanzar el prometido perdón. Los aliados indios, viendo el desaliento de los españoles fueron los primeros en abandonar el campo (1).

Pizarro en medio de la desercion general se encontró solo con unos cuantos caballeros que tuvieron á mengua huir. Confundido con tan inesperado reves de fortuna, el desgraciado jefe apenas podía comprender su situación. «¿Qué haremos?» dijo á Acosta que era uno de los que se habían quedado con él: «Arremete al enemigo, respondió el valiente soldado, y morir como romanos.» «Mejor es morir como cristianos,» repuso el jefe, y se adelantó en dirección del ejército real (2).

Apenas había andado unas cuantas varas, se encontró con un oficial realista, á quien después de preguntarle su nombre, y clase, entregó la espada y se rindió prisionero. El oficial, gozoso con tal presa le condujo inmediatamente á presencia de Gasca. Hallábase este á caballo rodeado de sus capitanes, algunos de los cuales, al reconocer al cautivo tuvieron la atención de retirarse para no presenciar su humillación (3). Aun el mejor de ellos, por más convencido que estuviese de que había obrado bien, debía sentir algún remordimiento al ver el estado á que había reducido su desercion á su bienhechor.

Pizarro se mantuvo á caballo; pero al acercarse hizo una respetuosa inclinación al presidente, el cual le contestó con un frío saludo, y dirigiéndose á él con severidad le preguntó: ¿por qué había puesto al país en tal confusión, levantando el estandarte de la rebelion, matando al virey, usurpando el gobierno y rechazando obstinadamente las ofertas de gracia que repetidas veces se le habían hecho?

Gonzalo procuró justificarse, atribuyendo la suerte del virey á su errada conducta, y su usurpación, como Gasca la llamaba, á la libre elección del pueblo y de la audiencia. «Mi familia fue, dijo, quien conquistó el país; y como representante de ella aquí, me pa-

salientes del ejército real se empezaron á llegar á ellos i á disparar en ellos, i lo mesmo hizo la artillería; i todo el campo, con paso bien concertado i entera determinación, se llegó á ellos.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

(1) «Los indios que tenían los enemigos, que diz que eran mucha cantidad huyeron muy á furia.» (Relac. del Lic. Gasca, MS.) Se hallarán pormenores más ó menos minuciosos en: Carta de Valdivia, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XC.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVI.

(2) «Gonzalo Pizarro bolviendo el rostro á Juan de Acosta, que estava cerca del, le dixo: ¿Qué haremos hermano Juan? Acosta, presumiendo más de valiente que de discreto, respondió: señor, arremetamos, y muramos como los antiguos romanos. Gonzalo Pizarro dixo: mejor es morir como cristianos.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXXVI.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VII, capítulo VII.

(3) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.

recia tener derecho al gobierno.» A esto replicó Gasca en tono todavía más severo: «Vuestro hermano, es cierto, conquistó el país; y por eso el emperador tuvo á bien levantaros á él y á vos del polvo. El vivió y murió como súbdito fiel y leal y esto hace todavía más odiosa vuestra ingratitud para con el soberano.» Después, viendo que Pizarro iba á contestar de nuevo, terminó bruscamente la conferencia, mandando que fuese conducido á prisión y guardado con vigilancia. Encomendáronle á la custodia de Centeno, que había pedido este encargo, no por un deseo innoble de venganza, pues parece que era generoso, sino con el honrado propósito de prestar al prisionero todos los consuelos que pudiese. Así Pizarro, aunque tenido en estrecha guarda, fue tratado con la deferencia debida á su clase, y obtuvo de Centeno cuanto quiso excepto su libertad (4).

En este naufragio general de su fortuna, Francisco de Carbajal no libró mejor que su jefe. Al ver á los soldados abandonar sus puestos y pasarse al enemigo unos tras otros, comenzó á entonar su canción favorita:

«Estos mis cabellicos, madre.»

Pero cuando vió casi desierto el campo y que los más valientes desaparecían como el humo, conoció que era ya tiempo de pensar en su propia salvación. Sabía que no había perdón para él; y así pudiendo espuelas al caballo, echó á huir con toda la velocidad que pudo. Cruzó el río, que, como ya se ha dicho, atravesaba el campo; pero al saltar á la orilla opuesta, que era alta y pedregosa, su caballo, ya viejo y oprimido por el peso del ginete, que era alto y corpulento, se deslizó y cayó con él en el agua. Antes que Carbajal pudiera desembarazarse de los estorbos que le impedían salir á la orilla, fue preso por algunos de sus propios soldados, que esperando á este precio hacer las paces con el vencedor; se apresuraron á llevarle al cuartel general.

Pronto se aumentó su escolta con gran número de soldados del ejército realista, algunos de los cuales tenían largas cuentas que ajustar con él, y no contentos con llenarle de injurias y maldiciones, le amenazaban con actos de violencia personal, que Carbajal, lejos de temer, parecía más bien provocar, por ser este el medio más expedito y mejor para acabar con su vida (5). Cuando se acercó á los reales del presidente, Centeno, que se hallaba cerca, reconvinó á la tumultuosa soldadesca y la obligó á apartarse. Carbajal, al verlo, preguntó en tono respetuoso á quién debía aquella cortes protección, á lo cual su antiguo compañero contestó: «¿No me conoce vuestra merced? soy Diego Centeno.» «Perdone vuestra merced, dijo el veterano en tono sarcástico, aludiendo á su fuga de Charcas y á su reciente derrota de Huarina, como siempre vi á su merced de espaldas, ahora temiéndole de cara no le conocía (6).»

Entre los que acompañaban al presidente se halla-

(4) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo XC.

Los historiadores refieren con alguna variedad el diálogo entre Gasca y su prisionero. Véanse: Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(5) «Luego llevaron antel dicho Licenciado á Carvajal, maestre de campo del dicho Pizarro, i tan cercado de gentes que del bavian sido ofendidas que le querian matar, el qual diz que mostrava que olgara que le mataran allí.» Relacion de Lic. Gasca, MS.

(6) «Diego Centeno reprehendia mucho á los que le offendian. Por lo qual Carvajal le miró y le dixo: señor, ¿quién es vuestra merced que tanta merced me haze? a lo cual Centeno respondió: Qué, ¿no conoce vuestra merced á Diego Centeno? Dixo entonces Carvajal: Por Dios, señor, que como siempre vi á vuestra merced de espaldas, que agora temiéndole de cara no le conocía.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II cap. XC.

ha el obispo del Cuzco, el cual, según recordará el lector, se había hallado también en la derrota de Huariña. Su hermano había sido hecho prisionero por Carbajal en la fuga, y ahorcado inmediatamente por este cruel jefe, que, como hemos visto, no respetaba á nadie. El obispo le reconvinó por la muerte de su hermano, é irritado con sus frías respuestas, tuvo la poca generosidad de darle un bofetón. Carbajal no hizo la menor tentativa de resistencia; ni contestó una palabra á las preguntas que en seguida le dirigió Gasca, sino que mirando con altivez á su alrededor se mantuvo en desdénoso silencio. El presidente, viendo que nada podía sacar de él, mandó que le tuviesen, con Acosta y otros caballeros que se habían rendido, en estrecha prision hasta que se decidiera de su suerte (1).

Inmediatamente despues envió Gasca un oficial al Cuzco para evitar que sus partidarios cometiesen excesos á consecuencia de la última victoria, si victoria podía llamarse aquella en que no se había dado un solo golpe. Todos los efectos que pertenecían á los vencidos, tiendas, armas, municiones y pertrechos militares cayó en poder de los vencedores. El campo de Pizarro estaba bien provisto, y fue de oportuno auxilio al ejército realista, que había consumido ya casi todas sus provisiones. Se encontró además considerable botín en plata y en dinero, porque la mayor parte de los soldados de Pizarro (cosa muy común en aquellos tiempos de revueltas) llevaban á la guerra todas sus riquezas, no creyéndolas seguras en ninguna parte. Cuéntase una anécdota de un soldado de Gasca, que viendo una mula corriendo por el campo cargada con un gran fardo, la cogió y subió sobre ella despues de haber arrojado la carga, suponiendo que fuese alguna armadura ó cosa de poco valor. Otro soldado mas discreto recogió el fardo, y halló que contenía muchos miles de ducados de oro. ¡Suerte de la Guerra I. (2)

Así terminó la batalla, ó mas bien derrota de Xaquixaguana. El número de muertos y heridos, porque algunos sucumbieron en la persecucion, no fue grande. Según la mayor parte de los autores, no pasó de quince soldados rebeldes muertos, y un solo realista, y este, por descuido de su compañero (3). Nunca hubo victoria mas barata, ni terminó una tan sangrienta y cruel rebelion á precio de menos sangre. Ganóse la batalla no tanto por la fuerza de los vencedores cuanto por la debilidad de los vencidos, los cuales se dispersaron por sí mismos no creyéndose bastante seguros para resistir. El brazo á que la justicia de la causa no daba fortaleza, fue impotente en el momento del combate: mas satisfactorio es que

(1) Ibid., ubi supra.

Debo advertirse que Garcilasso, que conocia personalmente al obispo de Cuzco, duda que cometiese al acto indecoroso que le imputa Fernandez, y dice que por su carácter era incapaz de tal cosa. Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXXIX.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

(3) «Temiose que en esta batalla moriria mucha gente de ambas partes por haver en ellas mill y cuatrocientos arcabuceros, i seiscientos de caballo i mucho número de piqueros i diez i ocho piezas de artilleria; pero plugo á Dios que solo murió un hombre del campo de S. M. i quince de los contrarios como está dicho.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

Muñoz supone que el manuscrito á que se acaba de hacer referencia fue escrito, ó mas bien dictado por Gasca á su secretario. El original se conserva en Simancas, sin fecha y en letra del siglo XVI. Se reduce principalmente á referir la batalla y los sucesos que con ella tuvieron inmediata conexión, y aunque muy en breve, cada aserto suyo es precioso por venir de tan alto origen. Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, MS., inserta el título de una obra que atribuye á la pluma de Gasca y que parece ser una relacion de los sucesos de su administracion. El título es *Historia del Perú y su pacificación*, 1576, en folio. No he podido dar con esta obra ni en ninguna otra parte he visto la menor alusion en ella.

fuese vencido por la fuerza moral, que por la brutal de las armas. Semejante victoria estaba mas en armonía con el benévolo carácter del vencedor y con su causa. Fue el triunfo del orden y el mejor homenaje á la ley y á la justicia.

#### CAPITULO IV.

Ejecucion de Carbajal.—Gonzalo Pizarro es decapitado. —Despojos de la victoria.—Sábias reformas de Gasca. —Vuelve á España.—Su muerte y su carácter.

1548—1550.

ERA necesario decidir de la suerte de los prisioneros; y en consecuencia Alonso de Alvarado y el licenciado Cianca, uno de los nuevos individuos de la audiencia, fueron nombrados para instruir el proceso. La comision no exigia largo tiempo: el crimen de los presos era demasiado manifiesto, pues se les había cogido con las armas en la mano. Fueron, pues, sentenciados todos á muerte con confiscacion de bienes en provecho de la corona. Gonzalo Pizarro debía ser decapitado y Carbajal arrastrado y descuartizado. No hubo misericordia para quien no la había tenido de los demas. Hablóse de diferir la ejecucion hasta la llegada de las tropas que estaban en el Cuzco; pero el temor de los disturbios que pudieran escitar los amigos de Pizarro determinó al presidente á llevar á efecto la sentencia al siguiente dia y en el campo de batalla (4).

Cuando se le hizo saber su suerte á Carbajal, escuchó la notificacion con su habitual indiferencia. «No pueden hacer mas que matarme,» dijo como si ya se hubiese conformado con su destino (5). Durante el dia muchos le visitaron, algunos por echarle en cara sus crueldades y los mas por la curiosidad de ver al cruel guerrero que había hecho su nombre tan terrible en todo el país. Carbajal se prestó voluntariamente á hablar con ellos, aunque lo hacia con aquellas salidas mordaces con que acostumbraba á entretenerse á expensas de sus interlocutores. Entre los que le visitaron había un caballero de poca nota á quien parece que había perdonado la vida en otro tiempo. Este le manifestó su ardiente deseo de servirle; y como continuase importunándole con sus protestas, Carbajal le interrumpió diciendo: «¿Y qué servicio podeis hacerme? ¿darme la libertad? Si no podeis hacer esto, no podeis servirme en nada. Si como decis os perdené la vida, fue probablemente porque no creí que merecia la pena de quitárosela.»

Algunas personas piadosas le instaron para que vieso á un eclesiástico, aunque no fuera mas que por descargar su conciencia antes de dejar el mundo. «¿Y para qué? dijo Carbajal: no tengo nada de que acusarme como no sea de una deuda con una bodegonera de Sevilla, á quien me olvidé de pagar medio real al salir de España (6).»

Fue llevado al suplicio en un seron, ó mas bien en un cesto, arrastrado por dos mulas. Atáronle los brazos y como le empujaban para que entrara en aquel miserable vehículo donde apenas cabia, dijo: «Niño en cuna y viejo en cuna (7).» No obstante la repugnancia que había mostrado á confesarse, le acompañaron muchos eclesiásticos, y uno de ellos le instó repetidas veces para que diera alguna muestra de

(4) El ejemplar manuscrito de la Historia de Zárate inserta íntegra la sentencia de Gonzalo Pizarro, la cual el autor omitió en la impresion; pero el lector curioso la encontrará original en el *Apéndice*, núm. XIV.

(5) «Basta matar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.

(6) «En esso no tengo que confesar: porque juro á tal que no tengo otro cargo sino medio real que deuó en Sevilla á una bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que passé á Indias.» Ibid., ubi supra.

(7) Ibid., ubi supra.

arrepentimiento en aquella hora solemne, aunque no fuera mas que repitiendo *Pater Noster* y *Ave Maria*. Carbajal, para librarse de sus importunidades, repitió friamente las palabras *Pater Noster* y *Ave Maria*. Despues guardó un obstinado silencio y murió como había vivido, con su sonrisa burlona y sarcástica en los lábios (1).

Francisco de Carbajal era uno de los caracteres mas extraordinarios de aquellos tenebrosos y revueltos tiempos; el mas extraordinario por sus años, pues cuando murió tenia ochenta y cuatro; edad en que las facultades del cuerpo, y afortunadamente tambien las pasiones están por lo general amortiguadas; edad en que, según las ingeniosas palabras de un moralista frances, «nos lisonjamos de que vamos dejando nuestros vicios, cuando por el contrario son nuestros vicios los que nos dejan (2).» Pero la llama de la juventud ardía aun voraz é inextinguible en el pecho de Carbajal.

La fecha de su nacimiento nos remonta hasta mediados del siglo xv, antes de los tiempos de Fernando é Isabel. Era de oscura familia, y nació según se dice en Arévalo. Por espacio de cuarenta años sirvió en las guerras de Italia á las órdenes de los mas ilustres capitanes de la época, Gonzalo de Córdova, Navarro y los Colonas. Era alférez en la batalla de Rávena; se halló en la captura de Francisco I, en Pavia, y siguió la bandera del malhadado Borbon en el saco de Roma. En esta ocasion no pudo alcanzar mas botín que los papeles de una escribanía que guardó pensando que podría ingeniar para que le valieran dinero. Así fue en efecto, pues el escribano tuvo que rescatarlos á un precio que habilitó al aventurero para cruzar los mares hasta Méjico y buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando la insurreccion de los peruanos fue enviado en auxilio de Francisco Pizarro, el cual le remuneró concediéndole algunas tierras en el Cuzco. Allí permaneció algunos años empleado en aumentar sus rentas, pues la codicia era una de sus pasiones dominantes. A la llegada de Vaca de Castro le encontramos prestando buenos servicios bajo la bandera de la autoridad real; y al estallar la gran rebelion de Gonzalo Pizarro redujo todos sus bienes á dinero y se preparó para volver á Castilla. Parecia que pronosticaba que su permanencia en el Perú le había de ser fatal. Pero aunque hizo todos los esfuerzos posibles para salir del país, fueron infructuosos, porque el virey había embargado los buques (3). Se quedó, pues, y como hemos visto, se alistó, aunque con repugnancia, en las banderas de Pizarro. Era su sino.

La vida tumultuosa en que entró entonces despertó todas las pasiones que dormían en su alma, tal vez sin él saberlo: la crueldad, la avaricia, la venganza. En la guerra con sus compatriotas halló ancho campo donde satisfacerlas, porque la guerra civil ya se sabe que es la mas sanguinaria y feroz de todas. Las atrocidades cometidas por Carbajal y el número de sus

(1) «Murió como gentil, á lo que dicen, que yo no le quise ver, que así le di la palabra de no velle; mas á la postre vez que habló llevándole á matar le decia el sacerdote que con él iba que se encomendase á Dios y dijese el *Pater Noster* y el *Ave Maria*, y dicen, que dijo, *Pater Noster*, *Ave Maria* y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) Si mal no me acuerdo, esta reflexion se encuentra en ese admirable digesto de la sabiduria humana titulado «*Los Carácterés*» de La Bruyère.

(3) Pedro Pizarro asegura que Carbajal hizo esfuerzos para dejar el país, en los cuales fue auxiliado, aunque ineficazmente, por el mismo cronista, que entonces se hallaba en amistosas relaciones con él. La guerra civil separó á estos antiguos compañeros; pero Carbajal no olvidó las obligaciones que debía á Pedro Pizarro, antes se las pagó, eximiéndole en dos diferentes ocasiones de la suerte general de los prisioneros que caian en sus manos.

víctimas son apenas increíbles. Por honor de la humanidad debemos pensar que los historiadores la han exagerado mucho; pero el haber dado lugar á tantas exageraciones es suficiente para deshonrar su nombre (4).

Dícese que tenia un diabólico placer en presenciar los padecimientos de sus víctimas, y en la hora de la ejecucion solía dirigirles horribles chistes que les hacian mas amargo el trance. Tenia vena, si así puede llamarse, y daba rienda suelta á su locuacidad en cualquiera ocasion. Los soldados conservaron muchas de sus agudezas; pero son en su mayor parte de un carácter mordaz y repulsivo, como procedentes de una imaginacion familiarizada con el lado débil y miserable de la humanidad y que de todos desconfiaba. Tenia dichos agudos para todo, así para la desgracia de los demas como para la suya. Miraba la vida como una comedia, aunque mas de una vez hizo de ella una tragedia.

Debe concedérsele una virtud, la fidelidad á su partido, y esta le hizo menos tolerante con la perfidia de los demas, porque nunca manifestó compasion á los renegados. Esta constante fidelidad, donde semejante virtud era tan rara, atrae á Carbajal cierto respeto (5).

Como militar ocupa Carbajal un lugar elevado entre los soldados del Nuevo Mundo. Era estricto y aun severo en mantener la disciplina; por eso sus compañeros no le amaban mucho. Puede dudarse que tuviera genio para las combinaciones militares en grande escala; mas para los ardides y combinaciones de guerrilla no tenia igual. Pronto, activo y perseverante, no conocia el peligro ni la fatiga, y despues de muchos dias pasados sobre la silla del caballo parecia no apreciar en nada la comodidad de la cama (6).

Conocia perfectamente todos los desfiladeros de la montaña, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en sus expediciones, que el vulgo creia que tenia algun diablo familiar (7). Con carácter tan extraordinario, con fuerzas que le duraron mucho mas de lo que comunmente duran en los hombres, y con pasiones tan vivas en quien se hallaba al borde del sepulcro, no es extraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, y que su nombre inspire un secreto terror como el de una especie de ser sobrenatural, de demonio de los Andes.

Muy diferentes fueron las circunstancias que acompañaron los últimos momentos de Pizarro. A petición

(4) De trescientos cuarenta ejecuciones, según Fernandez, trescientas fueron dispuestas por Carbajal. (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.) Zárate hace subir el número de estas ejecuciones á quinientas. (Conq. del Perú, lib. VII, capítulo I.) Esta discrepancia muestra cuán poco se debe confiar en la exactitud de semejantes cálculos.

(5) La fidelidad es una de las muchas virtudes que le atribuye Garcilasso, el cual considera muchas de las anécdotas que acerca de la crueldad y avaricia del veterano circulaban, como invenciones de sus enemigos. El cronista Inca era un niño cuando Gonzalo y sus partidarios ocuparon el Cuzco; y agradeció el buen trato que de ellos recibió, debido sin duda á la posicion de su padre en el ejército rebelde, delineando sus retratos con los colores con que se presentaron á su joven imaginacion. Pero el mismo Garcilasso, ya viejo, ha citado varios casos de atrocidad personal en la carrera de Carbajal que no se avienen bien con las aserciones que hace respecto á su carácter.

(6) «Fue maior sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas ni de dia ni de noche: i quando era necesario tampoco se acostaba, ni dormia mas de quanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capítulo XIV.

(7) Pedro Pizarro, que profesaba cierta amistad á Carbajal, reasume su carácter en estas pocas palabras. «Era mui lenguaz: hablaba mui discreptamente i gusto de los que le oian: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra... Este Carbajal era tan sabio, que decian tenia familiar.» Descubrimiento y Conq., MS.